

## HAMBRE

# Un problema de clases sociales a escala mundial

El problema mundial del hambre ha reposado desde que terminó la guerra —y especialmente desde la conquista de las independencias, en torno a 1960— en cuatro esquemas fundamentales: 1), la aportación científico-técnica que modificaría la producción de alimentos ganaderos y agrícolas que acabaría con la escasez; 2), la ayuda de los países poderosos o ricos, en alimentos, dinero, maquinaria y especialistas, para elevar el nivel de vida de los subdesarrollados; 3), una revalorización de las materias primas en los mercados mundiales que pagara el justo precio a sus productos y a su mano de obra; 4), una disminución de la natalidad por el empleo de contraceptivos y de reflexiones que aliviase el factor negativo entre el desarrollo y la demografía (el crecimiento demográfico es superior al crecimiento del producto nacional). Ha pasado el tiempo y los países del hambre se encuentran con que esos esquemas no han funcionado. En la Conferencia mundial sobre el tema del hambre que se ha celebrado con todo énfasis en Roma, y hasta con descripciones apocalípticas por parte de Kissinger, de Waldheim y de numerosos delegados, no se ha salido de esos mismos temas gastados. Incluso los delegados de los países afectados principalmente no han salido frecuentemente de ese cuadro y han continuado pidiendo créditos, dinero, técnica, a los países ricos. A veces se ha escuchado una voz más dura, más aguda: por ejemplo, la del ministro de Asuntos Exteriores de Argentina, rechazando el plan de ayuda ofrecido por Kissinger y manifestando que los Estados Unidos han construido su riqueza sobre la pobreza de los demás: ha de llegar la hora de la devolución...

La Conferencia de Roma, a pesar del melodramatismo de que han hecho más gala los ricos que los pobres, con una considerable mala conciencia, ha enmascarado bastante la realidad del problema. Su conclusión de que la mitad de los habitantes del planeta pasan hambre es inexacta: la realidad es que el azote del hambre alcanza a tres cuartas partes. Para deducir esta cifra, la Conferencia ha presentado como frontera del hambre la cifra de 1.900 calorías diarias, y 43 gramos de proteínas. Por encima de ellas, dice la Conferencia, no

hay verdadera hambre. Una cifra más real es la de 2.400 calorías diarias obtenidas de glúcidos, proteínas y grasas, considerada como ración de subsistencia para un adulto que trabaje moderadamente y en clima templado. Un campesino, un herrero, necesitan 3.800 calorías diarias; un leñador, un descargador de muelles, un minero, un cavadador, necesitan de 4.500 a 5.000 calorías. Un obrero industrial, 3.200 (cálculos de los profesores Michel Cépède y Hugues Gounelle). La FAO calcula que la producción mundial de alimentos en el mundo arroja una media de 2.430 calorías por cabeza: se sabe que tres grandes grupos de naciones (Europa, Oceanía, América del Norte), consumen una media diaria superior a las 3.500 calorías por cabeza, lo cual indica que otros grandes grupos (África, Asia, América del Sur) están muy por debajo de lo tolerable, cifra

que se hace más patente cuando se sabe que las minorías pudientes de esos países despilfarran a nivel europeo o norteamericano, y que por lo tanto las grandes masas están absolutamente desnutridas.

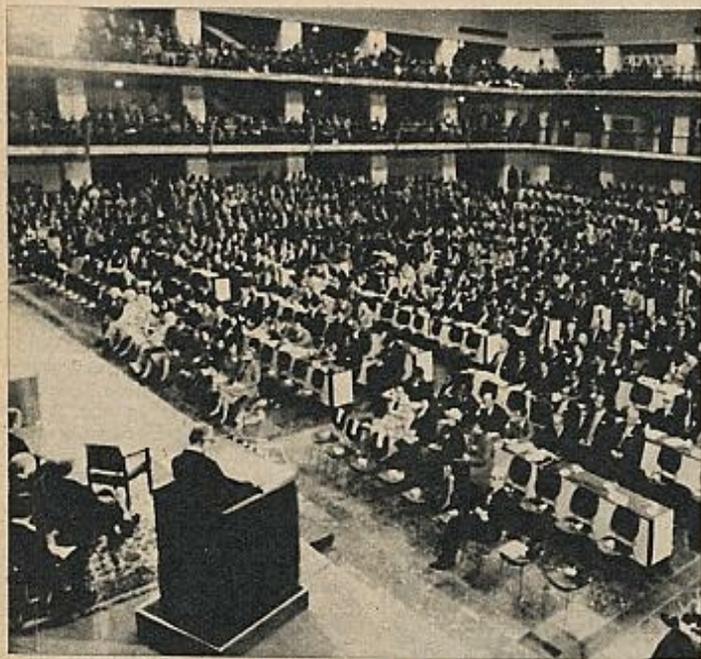
¿Puede paliar esa situación una verdadera revolución agrícola que valore las tierras aún sin cultivar? Se ha dicho en Roma que hay en el mundo 932 millones de hectáreas cultivadas; que con un esfuerzo se podrían convertir en 1.400 millones de hectáreas y que la potencia real de la tierra cultivable es de 2.430 hectáreas: más del doble de la que actualmente está en producción. Pero se sabe que la producción actual de la tierra es fruto de una continua especulación económica, y sirve para mantener los precios altos en los mercados. Ya antes de la guerra se denunció ante la Liga de Naciones la práctica de algunos países productores que arrojaban al mar o quemaban sus productos para mantener los precios: es algo que se sigue haciendo en la actualidad. El cultivo de nuevas tierras se encuentra con la oposición de grandes grupos de intereses que temen perder sus beneficios actuales. Por otra parte, el crecimiento demográfico continuo llegaría a enjugar la superproducción, y existe el peligro de que los países ricos sigan succionando los productos alimenticios, incluso para despilfarrarlos. La escasez

actual, dicen algunos, es fruto exclusivo de los beneficios económicos. Y el dinero sigue siendo la única posibilidad de obtener alimentos. El ejemplo del caso de los cereales entre Estados Unidos y la URSS: los Estados Unidos exportan sus excedentes a precios especiales —de ayuda— a los países del tercer mundo —a los países del tercer mundo a los que conviene políticamente exportar, y a los cuales arranca a cambio materias primas—, pero en los años de escasez de cosecha en la URSS, los Estados Unidos desvían sus granos hacia la Unión Soviética. Una razón muy poderosa es que la URSS paga en buen dinero y a precios más altos que los especiales "de ayuda"; pero hay razones políticas. Una interior soviética, que prefiere comprar grano en divisas antes que ver crecer el malestar social que pondría en peligro su régimen; otra exterior de los Estados Unidos, que teme que una Unión Soviética con escasez y necesidades sea más proclive a la guerra. Razones todas ellas poderosas, pero que se resuelven en el sentido de que al año que los Estados Unidos envían grano a la URSS, mueren de hambre mayor número de personas en los países sin desarrollar.

La idea de que un aumento de producción agrícola y ganadera sirva para cambiar la situación parece, sobre todo, una ilusión. Como la de la reducción demo-



La Conferencia de Roma, a pesar del melodramatismo de que han hecho más gala los ricos que los pobres, con una considerable mala conciencia, ha enmascarado bastante la realidad del problema. (En la foto, Kurt Waldheim pronuncia el discurso inaugural de la Conferencia de la FAO.)



La conclusión de la última Conferencia de la FAO de que la mitad de los habitantes del planeta pasan hambre, es inexacta: la realidad es que el azote alcanza a las tres cuartas partes. (Vista general de la sesión de apertura de la Conferencia; el orador es el Presidente italiano, Giovanni Leone.)

gráfica. Los intentos para reducir la natalidad en el mundo del hambre han fracasado también. Se aduce la torpeza para utilizar los métodos anticonceptivos, la rémora de las religiones natalistas, la tradición familiar. En realidad es que esos países reposan todavía su economía en la abundancia de la mano de obra, a falta de industrialización y maquinaria. Los hijos no son una carga para un matrimonio; son una pequeña inversión inicial para obtener después el producto de su trabajo. No estamos demasiado lejos de los tiempos en que en Europa el trabajo infantil era corriente: suponía una mejora para los padres y una buena explotación por parte de los patronos, que pagaban menos a los niños que a los adultos (y dentro de ellos, menos a las mujeres que a los hombres). La economía de Asia, de Africa, de amplísimas zonas de América Latina, reposa todavía sobre ese concepto del trabajo familiar. Lo cual supone un círculo vicioso: la abundancia de mano de obra abarata ésta y produce el paro, que se traduce luego en un abaratamiento mayor de mano de obra por exceso de demanda. El factor de ayuda se basa también en esa mano de obra barata: la ayuda de los países ricos a los países pobres es principalmente en una penetración de capitales dedicados a la explotación de las condiciones de miseria.

El factor restante es el de la revaloración de las materias primas en los mercados internacionales. Es el que está en auge actualmente, y se ha iniciado con

los nuevos precios del petróleo. Otras materias primas han subido simultáneamente, y van a seguir subiendo. Sin embargo, ese factor tampoco beneficia directamente a los países del hambre, o les está beneficiando en un plazo muy corto. Sus nuevos precios no hacen más que sumarse a la inflación europea (y en realidad han subido precisamente por causa de esa inflación), y los países exportadores se encuentran ahora, y se van a encontrar en el futuro, con que las materias industriales que tienen que importar han multiplicado también sus precios, de manera que el beneficio llegará a quedar congelado. Por otra parte, mientras no modifiquen sus estructuras políticas y sociales, la nueva riqueza quedará en manos de las clases dominantes, y las mayorías seguirán siendo hambrientas.

No ignoran tampoco estos países que tienen encima la amenaza de una guerra antigua, de una guerra de conquista de materias primas. Ya se lo advirtió el presidente Ford en un discurso cuyos términos fueron confirmados por Kissinger: una perturbación grave de la economía mundial en razón de alzas y escasez de la energía podía desencadenar una guerra. No sería extraño que los planes para esta guerra se estuviesen elaborando ya.

El problema está definido ahora como un enfrentamiento de clases sociales. Se trata de un mejor reparto de riqueza y de pobreza. Unas clases pudientes, beneficiadas, que viven en un grupo de naciones, está explotando a una clase de menesterosos que viven en otro grupo de na-

ciones. Mientras el problema no se considere así, y no es fácil que los que dominan la opinión, la información y la política del mundo vayan a admitirlo, las soluciones no podrán aparecer o estarán

enmascaradas. Como estaban enmascaradas en esta Conferencia de Roma, que no es la primera ni la última sobre este tema, mientras el problema del hambre, lejos de disminuir, va creciendo. ■

## FRANCIA

### Las tribulaciones de Giscard

Los carteros y los jueces de instrucción, los ferroviarios y los empleados de la radio, el personal del transporte urbano de París, los veterinarios, los empleados del gas y la electricidad, los obreros de imprenta y los periodistas... Las huelgas en Francia se acumulan unas sobre otras. Cuando un sector cede —o bien obtiene sus reivindicaciones—, otro comienza... Es un desafío abierto entre el poder y los sindicatos. La batalla es dura y desabrida, y en ella el presidente Giscard ha perdido la máscara sonriente y renovadora, reformadora, con que realizó su campaña electoral y comenzó su gobierno. Está perdiendo terreno rápidamente. El tema esencial es la crisis económica y la manera de enfrentarse a ella. Las medidas de restricción y economía emitidas por el poder son consideradas por los sindicatos como una «manobra»: favorecen a las clases ricas, perjudican a las pobres. Los sindicatos estiman que la crisis está siendo solamente un pretexto para aplicar medidas contrarias al interés de los trabajadores.

El gobierno replica acusando a las huelgas de «políticas»: trata así de sensibilizar contra ellas a la opinión pública. Se sabe lo que ocurre con las huelgas —sobre todo, cuando alcanzan la extensión y la gravedad de las que están sucediendo en Francia— y la opinión: el ciudadano, víctima de la situación social, puede culpar a los huelguistas, pero también puede culpar al gobierno y al patronato por no ceder. En Gran Bretaña, Heath arrojó las huelgas sin ceder, creyendo que la opinión se alzaría contra los huelguistas, y se encontró con que la opinión se alzaba contra él: perdió el poder y perdió, por dos veces consecutivas, las elecciones. Los ciudadanos suelen pronunciarse contra los huelguistas cuando éstos interrumpen su bienestar; pero si son también víctimas del malestar, comparten su protesta. La diferencia entre huelgas políticas y huelgas económicas es una distinción más bien académica que real. La política y la situación económica son gemelas. Pero la acusación lanzada en Francia por el poder de que las huelgas actuales no tienen fundamento social y eco-

nómico, sino que son una preparación puramente política para resquebrajar el poder y ocuparlo (por parte de la izquierda) no parece compartida en Francia. Los partidos de la izquierda han procurado no hacer declaraciones en este sentido, y han dejado que sean los sindicatos los que dirijan la acción. Séguy, secretario general de la Confederación General del Trabajo, ha dirigido una carta abierta al presidente de la República y al presidente del patronato, emplazándole a que no politice el problema social y entre en negociaciones directas con los sindicatos. Las negociaciones, efectivamente, se llevan a cabo, pero el poder no cesa en sus intentos de politizar la huelga. El presidente Giscard, que acepta la negociación, afirma, en cambio, que su política económica contra la inflación no puede ser discutida; para los sindicatos es solamente esa política la que es causante de todo. El primer ministro, Chirac, ha pronunciado un discurso desafiante que ha tenido la virtud de enfrentarle con todos los sectores: «Un Estado democrático que organiza una sociedad libre no intenta nivelar a todos ni pretende eliminar las diferencias entre unos y otros; estas diferencias son la esencia de la vida. Los hombres son iguales, pero no idénticos. Un Estado democrático debe arbitrar entre esas diferencias de forma que salga de ellas el interés general, mientras que los intereses particulares y las solidaridades de sectores no prevalecerán contra el interés de la nación». Frases profundamente desafortunadas que han molestado a todos.

La solución es por ahora invisible. Es el problema de los regímenes presidencialistas: el presidente es responsable único, y cambiar de gobierno no le basta. Se dice que es posible que haya unas elecciones generales anticipadas. Convocadas ahora darían un triunfo rápido y fácil a la izquierda, y el presidente tendría un gobierno presidido por Mitterrand y una Asamblea Nacional dominada por la oposición; tendría que dimitir o aumentar su autoritarismo hasta puntos inverosímiles. La situación puede calificarse de muy grave. ■